

ra. Y, sobre todo, de evolución, de asentamiento en una poesía decididamente importante, lúcida, llena de vigor y de lenguaje.

Dos poemas de sus libros anteriores nos conectan con éste de ahora, y los traigo aquí a manera de ejercicio de rastreo, y por el gusto también de releer dos hermosos textos tal vez olvidados: "Por ese puente comenzaba un río / a despojarse de sus nombres. / Sobre las piedras siglos de agua: / baldosa antigua que resbala hacia la muerte. / La noche pasa pidiendo un árbol y sólo la hospedan sus despojos" (*Pasado*, de *Poemas para una fosa común*, 1985).

"¿Hasta cuándo seguirá siendo / necesario / ver pasar una pareja corriendo / por la calle / cogida de la mano, tan poco / ágil, / ajena al latido de los semáforos, / para seguir creyendo, creyendo, / creyendo en el amor?" (*Atribuible a Jacques Prévert*, de *El confuso trazado de las fundaciones*, 1991).

En la claridad de estos poemas, en la singular transparencia de su lenguaje, en la expresiva poesía que alcanzan las palabras cuando van sujetas a las invisibles riendas del arte, se puede corroborar, a ojo de buen cubero, que un libro como *Botella papel* no es más que un tramo del placentero viaje que su autor ha emprendido hace tiempos y, casi sin darse cuenta, y sin detenerse, lo entrega al lector. Al afortunado lector.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Sobre la Bogotá demolida

Botella papel

Ramón Cote Baraibar
Editorial Norma, Bogotá, 1999,
83 págs.

Botella papel, el último libro de Ramón Cote Baraibar (Cúcuta, 1963), publicado por Editorial Norma, muestra tres de las constantes más

notorias de su poesía, como son su carácter narrativo, el empleo del verso largo, salmódico, que poetas como Álvaro Mutis y Jorge Zalamea han trabajado dentro de la tradición colombiana, y el motivo de la infancia como eje focalizador de su reflexión poética. Se trata de un libro cerebral de poemas en prosa con una fuerte arquitectura temática y estructural cercana a la intención épica.



El motivo central de este poemario es la Bogotá *demolida*, la Bogotá de las casonas que han ido desapareciendo junto con sus personajes memorables de la vida cotidiana y sus oficios, convertidos en ejercicios superfluos de vida que el poeta hermana a la condición del quehacer de la poesía. Pero más allá de la temática y de la intención, el mérito de la propuesta de este libro se encuentra en la estructura misma, que refleja un sentimiento épico, fundacional.

Como en los mejores poemas clásicos, la arquitectura de *Botella papel* está concebida para llevar de la mano al lector por entre las ruinas del infierno urbano, por una ciudad cuyo semblante se ha desmoronado con la aparición de nuevos conglomerados multifamiliares. En un intento por immortalizar la memoria de la ciudad, el poeta ha ordenado con precisión la línea argumental del texto. El libro está dividido en tres secciones temáticas que tratan de los hombres, de los objetos y de los fenómenos atmosféricos que definieron la Bogotá desaparecida y que, gracias a sus vestigios, siguen definiendo en parte esa ciudad circunscrita a la vida de barrio del norte re-

sidencial. A su vez, estas secciones están subdivididas en dos tipos de poemas: el primero, retrata tanto la figura arquetípica como los escenarios de esa Bogotá añorada, y luego, un poema gemelo, especie de oda en prosa que celebra lo retratado en el poema que le antecede.

Al comienzo de cada bloque temático, un poema preanuncia el ciclo poético que se va a recorrer en cada uno de ellos. Tales poemas hacen las veces de preludio, *intermezzo* y epílogo, e introducen al lector en un ambiente y en una línea de reflexión específica que traza el mapa de la ciudad recordada. Una estructura inteligente que, después de llevar al lector a alturas líricas, interrumpe a buen tiempo el canto, cerrando con dos poemas irónicos para desmitificar el tono melancólico de las primeras partes.

El libro se abre con el poema *Demoliciones*, que funciona a manera de preludio tanto de la primera línea temática como del libro entero. En este poema, Ramón Cote se vale de la infancia para dar un carácter ritual a la destrucción de la ciudad. Es gracias a la mirada del asombro infantil que las ruinas de las viejas casas adquieren un valor ancestral, casi atávico:

Sólo los niños comprenden que las casas demolidas son el lugar indicado para inventar sus ceremonias y convierten los lavaderos sin pedir permiso y con los ojos abiertos hasta la tiniebla, en improvisados altares de sacrificio. Reúnen ladrillos como si participaran de algún rito iniciático y se sientan al rededor de los escombros con la seriedad exigida en los templos. Y le asignan a la escalera desolada, a su aturdido caracol de madera, el poder de un observatorio. [pág. 17]

Oficios varios, la primera de las tres subdivisiones temáticas, retrata personajes que la ciudad contemporánea ya no contempla. Por entre estos versos desfilan el repartidor de carbón, el fotógrafo de los parques,

el zapatero, el jardinero a domicilio, el vendedor de corbatas, el afilador de cuchillos de cocina y el calderero, quienes dejan su propia huella humana en un oficio que constituía el alma, el *ethos* de la cuadra.



En los catorce poemas que conforman los *Oficios varios*, Cote ofrece lo mejor de la mirada poética de su libro al entender el quehacer poético como uno más de los oficios obsoletos, al igual que el de carbonero o de afilador. En la oda que acompaña cada figura evocada, el poeta se pregunta a dónde se han marchado estos hacedores de la vida diaria con su oficio antediluviano, ahora cuando "las leyes de la infancia no se cumplen, ahora que la comprobación de la inocencia es dolorosa" (pág. 28).

Presencias inadvertidas, la segunda vertiente temática del poemario, retrata y anima los escenarios anónimos de esa Bogotá imaginaria. En esta galería, el autor hace un inventario de las subestaciones eléctricas (que él mismo denomina *Casas de electricidad*), de los viejos buses anaranjados, del hidrante, de las bicicletas de carnicería, del desaparecido *Pasaje del Almirante* (ubicado en la calle 85 con carrera 15), del muro de la sesenta y siete, de los viejos taxis negros de aletas enormes de murciélago y de las camionetas de lavandería. Al igual que en la primera sección temática, a los escenarios retratados siguen los poemas de alabanza que auguran inmortalidad a esas presencias urbanas cada vez más raras y obsoletas.

A pesar de la preocupación lírica, esta segunda parte no logra su cometido. Los retratos que hace de algunos escenarios se reducen a frases que no concretan una ciudad viva. Las *casas de electricidad*, las *bicicletas de carnicería* y el *hidrante* son retratos que decepcionan, dadas las generalidades y frases infladas que distraen en parte el objetivo. Pero si bien es cierto que esta segunda parte no fija la figura tratada, compensa su vaguedad con la denuncia. En bastantes pasajes de estos diecisiete poemas, el autor muestra el aspecto indolente de la historia urbana reciente. Una historia amnésica que no respeta la identidad de los barrios residenciales, imponiendo sobre las ruinas, como un conquistador que borra la memoria aborígen, enormes edificios de mirada anónima que cancelan toda sombra de barrio.

En *Fenómenos meteorológicos*, la tercera sección temática, el autor trata de llevar hasta la poesía, con humor y algo de ironía, dos de los fenómenos atmosféricos que acompañarán por siempre la vida de Bogotá, únicas referencias constantes y ordenadoras del caos ciudadano: los truenos y las lluvias: "Aquí llueve por cuadras, por patios, por centímetro cuadrado. Aquí la pluviometría es un penoso oficio. Esto es lo que la distingue de otras ciudades: su trabajo laborioso, su cerrada furia, su entonación calculada" (pág. 78).

Si bien en esta última sección Ramón Cote rompe en parte el tono lírico del conjunto, logra aligerar el sentimiento apesadumbrado de nostalgia que asoma en las otras dos secciones. En el poema *Lluvias*, cuyo epígrafe es una frase célebre de algún taxista ocurrente, convencido de que "Aquí llueve por cuadras", el autor intenta una metafísica de la meteorología bogotana que explica el comportamiento y los fenómenos que gobiernan esta capital lluviosa y desordenada:

Se ha dado el caso extremo de que en el mismo salón de un colegio los alumnos situados hasta la cuarta fila entiendan la explicación de la teoría de los

conjuntos, y los restantes sucumban al estruendo del granizo. (Pocos padres atienden este justo motivo de sus hijos al momento de las evaluaciones).

[pág. 79]

Botella papel es un libro en el que Cote ofrece las líneas características de su poética. Los periodos largos de sus poemas en prosa y la recurrencia al poder de la infancia como arsenal de su poesía, logran mantener la tensión temática en vilo a lo largo del poemario.



No obstante las cualidades señaladas de sus poemas en prosa, queda una sospecha incómoda que no se puede silenciar. La mirada de Cote adolece de parroquialismo: sus poemas hablan de una Bogotá minoritaria que riñe con las ínfulas épicas que se propone. Así, cuando Cote se refiere a unas pocas cuadras de la ciudad o a ciertos oficios, el lector queda ante el desconcierto, pues se trata, a veces, como en el caso del vendedor de corbatas de barrio o de la bicicleta de carnicería, de oficios desconocidos y circunscritos a ciertas coordenadas reservadas de la ciudad.

Resta sólo anotar que *Botella papel* logra ofrecer una mirada compacta sobre la ciudad residencial del poeta. Aunque el lector no esté familiarizado con las figuras y los escenarios que se presentan, la lectura del libro es una invitación a compartir con el autor su barrio de

infancia, origen de su poesía reflexiva que mira hacia la ciudad que lo vio crecer.

JUAN PABLO ROA
DELGADO

El Tuerto para muchachas solteronas de provincia

**El Tuerto López
al alcance de cualquier bachiller**

Policarpo Bustillo Sierra y Jaime Gómez O'Byrne (ilustraciones de Javier Covo Torres)

Fundación Policarpo Bustillo Sierra, Bogotá, 1996, 277 págs., il.

Nos preguntamos a las pocas páginas de lectura qué idea tenían en mente los "autores" de este libro cuando decidieron, supongo que bajo expeditas condiciones de manejo de los derechos de autor de su coterráneo, publicar una edición de las poesías del Tuerto López. La intención no había quedado clara en una suerte de "Prólogo" firmado por Policarpo Bustillo Sierra, en donde leemos:



...poemas que a veces sentía yo y en otras no, porque no figuraban unas palabrejas en mi léxico de muchacho que sólo le había dado quince vueltas al sol, tales como: barragana, grey, intonso, anodina, roñosa, vencejo, etc. ... Estas palabrejas me motivaron a buscar sus equivalencias idiomáticas,

que de mi puño y letra registraba al lado de ellas, mediante consulta apropiada. Esto me llevó a la idea de facilitar la comprensión del poeta a cualquier bachiller, porque entendí que ser bachiller es apenas el mínimo de conocimientos necesarios para ser ciudadano. [pág. 10]



Esta declaración personal dejaba entrever que el propósito era ante todo lexicológico, aunque no desarrollaba la otra suscitación: la de la relación del conocimiento lexicológico con el ser ciudadano. Y a todas éstas, ni una cosa ni la otra se relacionaban con la poesía de Luis Carlos López, salvo por el aspecto trivial, *anodino*, del significado de algunas palabras (escogidas al azar, ¿bajo qué criterios?) que el Tuerto usó en sus poemas.

El objeto de este libro no es, pues, el mundo poético del poeta cartagenero sino el catálogo de significados convencionales de unas palabras que anecdóticamente aparecen en sus poemas. Para eso no era necesario —ni respetuoso ni didáctico— reproducir —atrozmente— la casi totalidad de los poemas del Tuerto. Porque ni siquiera como obra poética del Tuerto este libro tendría justificación: los poemas han sido ordenados alfabéticamente por títulos (es decir, arbitrariamente), por tanto separados de sus libros originales, sin el mínimo comentario acerca de su pertenencia a este o aquel poemario, sin la menor acotación acerca de las circunstancias de su creación, sin ningún tipo de interés

antológico o siquiera bachillerísticamente analítico.

Descontando la chambona edición, también suficientemente irrespetuosa con un presunto lector como para hacernos pensar que la idea de "bachiller" que subyace en la mente de los autores es la de un ser goliárdicamente amante de lo espontáneo e improvisado pero antigoliárdicamente estúpido, podríamos asumir el libro de Bustillo y Gómez O'Byrne como un reguero de poemas de Luis Carlos López, anotados desmañadamente a pie de página, con notas que son en su 95% lexicográficas y sólo en un mínimo porcentaje informaciones históricas o geográficas. Estas últimas, pensando en "cualquier bachiller", hubiesen sido muchísimo más útiles apuntaladas al contexto de los poemas del Tuerto, justamente por su valor contextual y porque de dos autores cartageneros no esperaríamos menos, al menos, que la descripción detallada del contexto urbano-social de la Cartagena de la primera mitad del siglo XX. Pero nada de eso ocurre en el libro que comentamos. Y las mentadas notas lexicográficas, que al menos podrían explicarse por un afán de allanar caminos y seleccionar materiales de diccionarios diversos, son tan torpes y erradas que sin duda cualquier profesor de secundaria recomendará a sus "bachilleres" que lean los poemas y busquen directamente en diccionarios en vez de caer en las empobrecedoras, imprecisas y a veces ridículamente obvias definiciones que ofrecen las notas de pie de página. Salvan el libro de la pira las mucho más ilustrativas y contextualizadoras acuarelas de Javier Covo Torres, en las que el mundo provinciano, humorístico y atediado del Tuerto salta a la vista, con la figura misma del poeta en primer plano, ni más ni menos que como luce en sus poemas.

Las notas lexicográficas en general procuran ofrecer una definición de diccionario, nunca relacionada con el contexto del poema, pero otras veces se aventuran a "interpretar" sus significados a través de sentidos figurados o de la revelación de